



Bernardo Alberte (1918-1976), peronista y revolucionario

Por Emilio J. Corbière

Recuerdo a Bernardo Alberte, en las vísperas del golpe militar de 1976. Lo visité en su departamento de Avenida del Libertador, como redactor de 'La Opinión'. Alberte condenó a los militares que iban a dar el golpe y reclamaba que el gobierno detuviera Jorge Rafael Videla y otros golpistas. Pero no tenía confianza en el gobierno de María Estela Martínez de Perón, personaje mediocre que había respaldado al criminal José López Rega y a la Triple A.

Tenía razón Alberte, militar de estirpe sanmartiniana que no deshonró su investidura como los militares del Proceso.

Lo recuerdo a Alberte en 1968, durante la dictadura del general Juan Carlos Onganía, en el local de Paseo Colón, de la CGT de los Argentinos. Allí concurríamos con el dirigente gremial socialista Eduardo Arrausi. Alberte fue un ejemplo como lo fueron, en el peronismo, John W. Cooke, Andrés Framini, la querida e inolvidable Alicia Eguren, Gustavo Rearte, Juan José Hernández Arregui, entre otros, y no los monigotes actuales. Fue delegado de Juan Perón y secretario general del Movimiento Peronista bajo la dictadura de Onganía. Era un militante de hierro pero detrás de su adustez había un varón cordial, un compañero entrañable, que siempre buscó la unidad de los revolucionarios. Nunca buscó cargos, ni candidaturas, ni prebendas. Fue solidario con los perseguidos. Por todo eso, los militares criminales lo fueron a buscar a su domicilio y allí lo asesinaron.

Alberte fue un joven oficial del Ejército que participó como tal los días 16 y 17 de Octubre de 1945 en la movilización popular que dio nacimiento al justicialismo. Era edecán de Perón cuando se produjo su derrocamiento en 1955. Había participado de la defensa frente a los bombardeos durante aquel fatídico año, cuando la marina lanzó sus bombas desde sus aviones en pleno centro porteño, como los nazis hicieron en Guernica contra los vascos.

Cuando la banda criminal lo sorprendió en su domicilio, estaba escribiendo un documento donde denunciaba el secuestro y asesinato de Máximo Altieri, un joven de la Corriente Peronista 26 de Julio. Es justo el homenaje a este militar como es justo condenar a sus asesinos repulsivos.

La Fogata

OSVALDO BAYER ON ICE

Una nueva patinada del prestigioso historiador

Buenos Aires, sábado 10 de abril de 2004

Señor Director de Página 12
Presente

De mi consideración:

Me dirijo a Ud. a para solicitarle la publicación de la nota que sigue abajo. El motivo es un párrafo de la columna titulada _Con la misma escuela de Camps_, firmada por Osvaldo Bayer y publicada en la página 8 de la edición de Página 12 del día de hoy, Sabado 10 de Abril de 2004, donde se involucra al teniente coronel Alberte como represor y/o mafioso durante el gobierno peronista 1946-55. Soy autor del libro Un militar entre obreros y guerrilleros (ed.Colihue, Buenos Aires, 2001), una biografía de Bernardo Alberte, militar y político peronista asesinado por un grupo de tareas policial-militar en la madrugada del 24 de marzo de 1976, a escasas dos horas de producirse el golpe militar genocida. Alberte tenía el grado de Teniente Coronel (R.E.) cuando fue asesinado.

Atentamente,
Eduardo E.Gurucharri (DNI 4.444.368; TE 4523-7483)

En defensa de la memoria de Alberte

En su columna -Con la misma escuela de Camps-, publicada en la edición de Página 12 de hoy sábado 10 de abril, Osvaldo Bayer involucra al teniente coronel Alberte como represor y/o mafioso durante el primer gobierno peronista. Dado que el único oficial del Ejército con ese apellido fue el entonces mayor Bernardo Alberte, edecán del presidente Perón al momento de desencadenarse la autodenominada revolución libertadora en 1955, quien fuera expulsado de la fuerza por el dictador Aramburu y reincorporado en 1973 por el presidente Cámpora con el grado de Teniente Coronel retirado, hasta ser asesinado por un grupo de tareas policial-militar el 24 de marzo de 1976, a escasas dos horas de producirse el golpe militar genocida, como biógrafo y compañero de militancia de Alberte me siento en la obligación de defender su memoria.

Alberte nunca fue un represor ni un mafioso. Como militar en actividad, cumplió con su deber de defender el orden constitucional contra los golpistas y por eso fue expulsado del Ejército. Como ciudadano siempre se ganó la vida trabajando. Y como político combatió a las dictaduras militares que sobrevinieron, desde su cargo de Delegado de Perón en tiempos de Onganía o como vocero del Peronismo Revolucionario después. Fue uno de los pocos militares que denunció públicamente la conspiración

golpista antes del 24 de marzo y finalmente fue el primer asesinado por la dictadura genocida.

Tengo el mayor respeto por Osvaldo Bayer, más allá de su posición antiperonista que obviamente no comparto. La única vez que cambié algunas palabras con él fue tras las cámaras de un estudio de televisión, en el otoño de 2001. El presentaba su primera novela y yo mi biografía de Alberte, "Un militar entre obreros y guerrilleros". Allí recuerdo la injusta detención de Atahualpa Yupanqui que él menciona en su nota, agrego la de Osvaldo Pugliese e incluso un hecho mucho más grave producido durante el primer gobierno peronista que Bayer tampoco menciona: el secuestro y asesinato del médico afiliado al Partido Comunista Juan Ingalinella, perpetrado por policías rosarinos en 1954. En mi libro también hay datos sobre los crímenes de la Triple A nunca publicados hasta entonces, por ejemplo algunos relativos al asesinato de un gran amigo de Alberte, Julio Troxler, que López Rega anunció durante una reunión de gabinete presidida por María Estela Martínez, el 8 de agosto de 1974, seis semanas antes de producirse, asunto por el cual lo mínimo que debería hacer la Justicia es llamar a declarar a la ex-presidente. Con el mismo énfasis digo que Bayer yerra por completo respecto a Alberte y francamente debo suponer que le falló la memoria y se equivocó de apellido. Pero como lo publicado, publicado está, se impone esta aclaración.

Eduardo E. Gurucharri

Buenos Aires, 12 de abril de 2004

Señor Director de Pagina 12

De nuestra consideración

El motivo de la presente es solicitarles tengan a bien publicar esta nota aclaratoria sobre la figura de Bernardo Alberte.

Nos hemos sentido tristemente sorprendidos por la nota -Con la misma escuela de Camps- que Osvaldo Bayer escribiera el sábado 10 de abril, en ese matutino donde involucra al Tcnel. Alberte con una total ligereza y falta de rigor histórico.

Queremos expresar que Bernardo Alberte fue un militar y dirigente peronista que combatió al golpismo y a las dictaduras militares, que siendo peronista se opuso al participacionismo y a la domesticación del peronismo, que bajo su gestión al frente del Movimiento Peronista impulsó la CGT de los Argentinos, central obrera que crea un nuevo instrumento de lucha sindical, que desembocaría en el Cordobazo, que se opuso al liberalismo económico en el peronismo que ya actuaba en vida de Alberte

bajo el gobierno de Isabel Martínez, López Rega y Carlos Ruckauf, que siendo peronista se opuso a la Triple A.

Cuando el ejercito que usurpo el poder el 24 de Marzo de 1976, el mismo que bombardeo a mansalva la Plaza de Mayo, robo el cadáver de Evita, fusilo y torturo en la Penitenciaría Nacional, en José León Suárez, fusilo en Trelew, lo elige esa madrugada como una de sus primeras victimas, asesinándolo, cumple acabadamente con la lógica castrense, alimentada en las escuelas interamericanas por los servicios de inteligencia del imperialismo.

La matanza de aquellos años fue sistemática y apunto adelantándose a los acontecimientos, a eliminar buena parte de la masa critica vinculada con la lucha liberadora.

Alberte no tenia otro discurso que el compromiso insobornable con la clase trabajadora y con los sectores revolucionarios en lucha por un cambio de sistema.

Bernardo Alberte perteneció a ese grupo de personas que como el Gral. Juan J. Valle, John W. Cooke, Alicia Eguren, Juan García Elorrio, Gustavo Rearte, Jorge Di Pascuale, Julio Troxler, Rodolfo Ortega Peña, Rodolfo Walsh, y tantos compañeros y compañeras mas se comprometieron con valentía y honradez por sus convicciones poniendo en juego su vida que en muchos casos perdieron.

Acompañamos a esta, copia de la carta escrita * por el Tcnel. Bernardo Alberte al entonces, Tte. Gral. Videla horas antes de ser asesinado por una patrulla militar en la madrugada del 24 de marzo de 1976.

Marita Foix Patricia Walsh Ramon Torre Molinas Ruben Dri Eduardo Gurucharri Jorge H. Perez Bernardo Alberte (h)

La nota de Osvaldo Bayer en Página 12 [Lunes 12 de Abril de 2004]

Con la misma escuela de Camps

Por Osvaldo Bayer

Se ha discutido a fondo, pero no quiero quedarme sin expresar mi opinión en esta repentina expresión popular del operativo Blumberg. Quien me da la oportunidad es el intelectual Ricardo Talesnik, el conocido dramaturgo, que acaba de escribir "Nadie es dueño de la historia" en Clarín. Talesnik no hace la historia de los derechos humanos en la Argentina, que tomando el corto plazo podría escribirse, digamos, desde el teniente coronel Osinde, o la operación masacre de Aramburu o mejor, un poco más acá, desde López Rega, pasando por el denominado "proceso" y llegando ya a

la actualidad a las policías de Duhalde, de Ruckauf y de Solá, para hacer pocos nombres. Pero para ser más justos mencionemos también a los saltos decanguro de Menem, a De la Rúa, pasando por el purgatorio alfonsinista del "yo no vi, tú no viste, él no vio" y que dejó intacta la estructura, ahora más sonriente, de los que hacían parir a las prisioneras políticas en los patrulleros de Camps y Etchecolatz. No, Talesnik se refiere sólo a la reciente manifestación Blumberg.

Bastaría preguntarse: ¿dónde están hoy esos oficiales, esos suboficiales, esos agentes que desaparecían además de los sospechosos, los televisores y las radios? Fueron los que ayudaron a integrar la estructura "democrática". Pero también los de las nuevas mamadas con la moralidad del período Menem y el brazo ejecutor de Ruckauf y Duhalde, cuyo fresco más costumbrista fue aquella fiesta de fin de año de la escuela de policía donde los flamantes oficiales se robaron hasta las cucharas y las ollas del banquete. Todo dentro de la misma moralidad. De la policía de Camps a la Bonaerense de Duhalde.

Con la escuela de Camps, un monstruo con todas las cualidades del asesino nato. Poder y disciplina: al primer movimiento, el tiro fácil. El secuestro de lujo y el vamo y vamo.

Con la teoría radical de los dos demonios ya está toda la definición. A olvidar y a mirar para adelante. Por eso Alfonsín dejó a todos los profesores de las escuelas de policía y a todos de las escuelas militares nombrados en general por la dictadura, con los mismos programas del proceso. Y felices Pascuas. Ahora tenemos todo esto, de la estructura monstruosa de la dictadura pero también de antes de los López Rega que ya había roto las coyunturas para proceder. Esa tradición del peronismo que en su primer gobierno metió preso a Atahualpa Yupanqui y nos presentó al teniente coronel Alberte y a esas apariciones como el Juancito, el Turco Antonio, para hablar un poco de la maffia, y a aquellos hábiles picaneros que terminaron con Stroessner, el protector, los policías Lombilla y Amoresano, dos sirvientes de la tortura para no olvidar. Y como decíamos, después lo monstruoso sin medida: Camps, Etchecolatz, Etchecolatz, Etchecolatz, Suárez Mason, Menéndez. Pero la casa estaba en orden.

Pero bien, me quería referir a Talesnik, el intelectual. Les reprocha a "Hebe de Bonafini, a las Abuelas, las Madres y a los organismos de derechos humanos" no haber concurrido a la "manifestación popular excepcional" de Blumberg.

Con toda comprensión por el dolor de Blumberg, no se puede emparejar la historia argentina yendo todos a pedir al Congreso nacional penas más drásticas para los ladrones y asesinos. La República padece de males más profundos que la de sentirnos todos iguales, en nuestros dolores y nuestros ideales, como lo pide Talesnik.

Fueron Hebe de Bonafini, las Madres, las Abuelas y los organismos de

derechos humanos los que constantemente denunciaron a qué jugaban la Bonaerense, la Federal, las palmaditas en el hombro de Alfonsín, después las felonías de Alí Babá y sus cuarenta yabranes, las gansadas del radical de pura cepa Fernando de la Rúa (repetimos: radical, radical hasta lamédula), y luego Duhalde, el Barceló de Lomas de Zamora, para no hablar de Ruckauf, que estuvo en todas y tiene las manos manchadas de sangre desde que era el confesor gratuito de Isabelita y López Rega. Y fueron esas dignísimas viejas de pañuelo blanco las que salieron a la calle para terminar con el antro de los desaparecidos. Fueron esas viejas, Talesnik: nunca el nombre de Blumberg apareció en una solicitada por ellas.

Desde 1976 hasta hace pocas semanas se vendió todo lo argentino. ¿Y por qué, si los ladrones del poder vendían todo la policía no iba a pasar de la pizza con doble muzzarella a los miles de dólares con los cobardes secuestros y los robos? Y de pronto, las víctimas fueron esa clase media alta, porque allí había gaita. Los que saludaron a Videla y sus escuadrones de asesinos de pronto pasaron a ser las víctimas. Ah, entonces, sí, a la calle. E hicieron bien, porque es en la conquista de la calle donde se puede conquistar la justicia y la moral, como hicieron los pueblos en sus épicas marchas de protesta y conquistaron así las ocho horas y la búsqueda del fin de la explotación del hombre por el hombre. Así, sí. En la calle. Y claro, entonces sí, ante la masa hasta se movieron los senadores y diputados.

No, Talesnik, Hebe de Bonafini y las Madres no estuvieron en esa manifestación custodiada y transmitida por los canales privados de televisión. Estuvieron desde 1977 en esa Plaza de Mayo, custodiada por la asesina SIDE, las policías, los militares Astiz y los alcahuetes del poder, que ya habían hecho desaparecer a Azucena Villaflor y dos Madres más. Ya es una historia vieja: el aumento de penas no soluciona nada. Lo ha demostrado la historia. La Iglesia Católica pese a sus hogueras donde se quemaban vivos a los librepensadores no logró parar a los protestantes. El fusilamiento, la horca, la guillotina, las inyecciones letales no lograron nunca disciplinar las sociedades injustas pese a que los que aplicaron esas penas se llamaran Hitler, Mussolini, Franco o Bush. El jueves lo dijo bien claramente, con toda valentía, el peronista Miguel Bonasso cuando le preguntaron por qué habían fracasado todas las políticas bonaerenses de mano dura, y el respondió: "No dio resultado porque no desmontaron la estructura mafiosa que une a los punteros del Partido Justicialista de Buenos Aires, intendentes y comisarios. Una triada que forma una gran camorra. Y no desmontaron esa hermandad porque forman parte de ella".

Bien claro de un hombre que conoce a fondo la situación política. ¿Por qué la Cámara de Diputados no constituye una comisión investigadora a base de esta denuncia? No, dejan que Carlos Ruckauf y su guardaespaldas Casanovas tomen la voz cantante en la sesión Blumberg.

¿Cómo fue posible la experiencia Juárez en Santiago del Estero? ¿Cómo es posible que el Partido Justicialista haya permitido una experiencia absolutamente decadente e insultante a la condición humana? No, después de la experiencia López Rega, el Partido Justicialista tendría que haberse limpiado definitivamente y no volverse a meter en el barro de la inmoralidad y el abuso una y otra vez. Si seguimos así, nuestro próximo jefe de la Policía Federal va a ser Musa Azar, votado por los diputados que en la sesión Blumberg cortaron la palabra a los diputados de la oposición.

El intelectual Ricardo Talesnik termina su crítica a los organismos de derechos humanos diciendo: "Ninguna minoría, ningún sector político, racial o religioso tiene derecho a sentirse dueño de la historia, porque la historia la escribimos todos diariamente, aunque no militemos en política, no seamos famosos ni tengamos poder. Todos nos jugamos la vida por el simple hecho de estar vivos". No, Talesnik: ni López Rega, ni Musa Azar, ni los policías secuestradores hacen la historia, sino que la retroceden. Los que hacen la historia se llaman Sandino, Emiliano Zapata, Mariano Moreno, Agustín Tosco y José Martí. No necesitan velas para que los acompañemos en nuestro reconocimiento. Y aquí, desde 1977, las únicas que hicieron historia, y nada menos que en la Plaza de Mayo, fueron las Madres. Reconozcámoslo.

Néstor Miguel Gorojovsky nestorgoro@fibertel.com.ar

Años de violencia, con hombres de poder absoluto

Apenas habían sonado las dos de la madrugada del 24 de marzo de 1976 cuando fuerzas policiales y del Ejército rompieron la puerta e irrumpieron en el departamento del sexto piso de un edificio de Avenida del Libertador al 1100. Sin más, en medio de insultos y gritos, el dueño de casa fue arrojado al vacío delante de su esposa: se trataba del mayor retirado Bernardo Albarte, ex delegado personal de Perón en la Argentina durante una etapa del exilio del líder.



La acción fue un símbolo de la Argentina que se iniciaba, de la Argentina en la que el en ese momento general Carlos Guillermo Suárez Mason se convertía en uno de los hombres de mayor poder.

Muchos años más tarde, Bernardo Albarte hijo tendría ocasión de encontrar, arrinconar, insultar y patear a un Suárez Mason ya sin sus atributos.

Pero durante casi toda la dictadura, como comandante del 1º Cuerpo de Ejército y de la Zona 1, fue protagonista no sólo de la implementación de

los métodos del terrorismo de Estado del régimen militar en la Capital y la provincia de Buenos Aires. También de buena parte de las decisiones políticas y económicas que empezaron a cambiar para siempre a la Argentina según un diseño de país que actuó como razón principal del golpe militar de aquel día.

Pozo de Banfield, la Cacha, Automotores Orletti, El Vesubio, Olimpo, fueron algunos de los centros clandestinos de detención y desaparición de personas "inaugurados" ya desde los primeros días de la dictadura en jurisdicción de la Zona 1, por los que —junto a la ESMA— pasaron la mayor parte de los 30 mil desaparecidos del régimen.

Esos métodos de represión fueron el correlato, la condición de sustento de la política económica de Alfredo Martínez de Hoz. Fue en esa etapa —salvo el fugaz antecedente impulsado por Celestino Rodrigo en 1975, durante el gobierno de Isabel Martínez— cuando se pusieron en marcha las recetas neoliberales.

En lo institucional, la cara pública de la represión ilegal, la dictadura cerró el Congreso, ilegalizó a los partidos políticos, intervino los sindicatos, suspendió la vigencia de las leyes laborales y regimentó, cuando no se hizo cargo directo, del manejo de los medios de comunicación públicos y privados.

En setiembre de 1977, durante una gira por Estados Unidos, el entonces presidente, Jorge Rafael Videla, reconoció la existencia de desaparecidos en la Argentina.

El 7 de abril de 1978, el gobierno de la dictadura hacía público un informe según el cual los detenidos políticos y sociales legales, es decir reconocidos, llegaban a la cifra de 3.312. Se trataba, en rigor, de los privilegiados de la política del terrorismo de Estado de la Argentina de esos días.

Clarín, 22/06/05

Biografía de Bernardo Alberte

"Nosotros les prevenimos que algún día vendrá el hombre sencillo de la Patria a interrogar a sus militares en actividad y en retiro. No los interrogaran sobre sus largas siestas después de la merienda, tampoco sobre sus estériles combates con la nada, ni sobre su ontológica manera de llegar a las monedas, no sobre la mitología griega ni sobre sus justificaciones



absurdas crecidas a la sombra de la mentira.

Un día vendrán los hombres sencillos de esta tierra, aquellos que fueron sus soldados, a preguntar que hicieron cuando la Patria se apagaba lentamente, que hicieron cuando los pobres consumían sus vidas en el hambre y la de sus hijos en la enfermedad y la miseria, que hicieron cuando los gringos vinieron a imponernos esa nueva forma de vida "occidental" que todo lo corrompe y compra el dinero.

Quizás para ese momento, la vergüenza que provoque el silencio como respuesta, no sea suficiente como castigo."

Con palabras como estas, Bernardo Albarte rechazaba en 1969 acogerse a un decreto del dictador Onganía que permitía la reincorporación de militares peronistas dados de baja -como él- luego del derrocamiento de Perón. Después de la victoria popular del 11 de marzo de 1973, y al asumir la Presidencia de la República, el Dr. Héctor J. Cámpora en uno de sus primeros decretos reincorporo a Bernardo Albarte al ejército con el grado de Teniente Coronel en retiro.

No era la primera vez, ni sería la última, que el destino de Albarte se cruzaba con los triunfos y las derrotas populares.

Nacido en 1918, se graduó como Subteniente a los 21 años con las mejores calificaciones de su promoción. Cuando a comienzos de octubre de 1945 el entonces Coronel Perón fue destituido y encarcelado, el joven oficial salió en su defensa. Arrestado en Campo de Mayo, acusado de promover la insubordinación de la Escuela de Infantería, fue con el levantamiento popular del 17 de Octubre que Albarte recuperó su libertad y su empleo. Ya con el grado de Mayor, en 1954, fue designado edecán del Presidente. El 16 de junio de 1955 cuando la aviación naval bombardeó el centro de Buenos Aires y atacó la Casa Rosada con el propósito de asesinar a Perón, Albarte fue uno de los militares que encabezó la defensa. En septiembre, al producirse el nuevo y definitivo levantamiento, entablados los combates entre tropas leales y rebeldes, iba a ser partidario de resistir hasta las últimas consecuencias. Permaneció junto al Presidente hasta que Perón decidió renunciar. Entonces los golpistas lo encarcelan en represalia por haber cumplido con su deber militar y constitucional.

Compartió en Ushuaia la prisión con otros destacados dirigentes peronistas y fue liberado a fines de 1956. Citado por el Comando en Jefe del Ejército, no quiso presentarse ante sus verdugos. Declarado en rebeldía se vio obligado a buscar refugio en Brasil, donde permanecía exiliado cuando fue dado de baja por los militares golpista.

En Marzo de 1957, desde Río de Janeiro escribe a Perón, entonces radicado en Caracas, Venezuela, haciendo un balance de los

acontecimientos del 55: "Que los militares eran los que constituían la masa del ejército que le permaneció leal hasta el último día de su gobierno, pese a las defecciones y traiciones conocidas de las que no se escaparon de cometerlas también civiles; que ese Ejército que le era leal con la cooperación del pueblo, con la que siempre se sintió estimulado, pudo haber vencido a los rebeldes si se hubiera dispuesto a enfrentar la guerra civil y sufrir los bombardeos y destrucciones que estaba dispuesta a realizar la Marina. Guerra civil y destrucciones, o algo similar que ahora, muy probablemente, tengamos que aceptar como única solución para liberar a la Patria de los sátrapas que la quieren gobernar".

Tras el pacto con Perón que permitió a Frondizi alcanzar la Presidencia, en 1958 fue sancionada una ley de amnistía que le permitió a Alberte regresar al país. Como no era hombre de deprimirse- al comienzo de su exilio brasileño supo ganarse la vida como vendedor ambulante de ropa femenina- ya en Buenos Aires instaló una tintorería a la que llamó "Limpiería" y que con el tiempo se haría popular a causa de las actividades de su dueño.

Corría 1965 cuando el dirigente metalúrgico Augusto Vandor comenzó a disputarle abiertamente a Perón el control de su Movimiento. Desde su exilio en Madrid, el General envió a su esposa Isabel para contrarrestar el avance vandorista. La casa particular de Alberte sirvió de refugio a la viajera en determinado momento de su estadía. En junio de 1966, en vísperas del derrocamiento del presidente Illia, Isabel volvió a Madrid. Pocos días después Vandor, Alonso y otros sindicalistas, asistían en la Casa Rosada a la asunción del dictador Onganía, a quien el periodista Mariano Grondona comparaba con el presidente de Francia general Charles De Gaulle. Y mientras el capitán –ingeniero Alzogaray, designado embajador en Washington, proponía proclamarlo monarca, Vandor y sus amigos prefería verlo como un nuevo Perón.

Perón, "El Viejo", el auténtico líder, a comienzos de 1967 nombra a Alberte –su antiguo edecán- Delegado y Secretario General del Movimiento Peronista. Alberte puso fin a la etapa de "desensillar hasta que aclare", y desafiando las persecuciones desatadas por la dictadura, en poco más de un año puso en pie a un Movimiento que estaba postrado y dividido, dando particular intervención a la juventud.

Debió enfrentar las tendencias conservadoras y burocráticas dentro del peronismo, tanto en su sector político como gremial. Su gestión política fue determinante para el surgimiento en marzo de 1968 de la C.G.T. de los Argentinos, central obrera que creó un nuevo instrumento de lucha sindical, y donde actuaron entre otros: Raimundo Ongaro, Jorge Di Pascuale, Agustín Tosco, Atilio López, Rodolfo Walsh e Hipólito Solari Irigoyen, es decir, sindicalistas, peronistas, radicales, izquierdistas, etc.

La política seguida por Alberte fue de lucha frontal contra el régimen de

Onganía y de apertura a los sectores sociales y políticos que se le oponían. Uno de sus resultados fue el acercamiento de la masa estudiantil al movimiento obrero a través de la C.G.T. de los Argentinos. Así se logró arrinconar al "participacionismo", abriendo una nueva perspectiva en el panorama político argentino que desembocaría en el Cordobazo de 1969. Pero para entonces Alberte ya no ocuparía el cargo de Delegado, al que renunció en marzo de 1968. Perón designó en su reemplazo a Jorge Daniel Paladino, personaje al que el mismo Perón acusaría, en 1971, de haberse transformado en un agente del dictador Lanusse.

Bernardo Alberte, en cambio, siguió en la misma línea, compartiendo posiciones con John William Cooke y Gustavo Rearte. A pocos meses de su renuncia editó el periódico Con Todo, portavoz del peronismo revolucionario, y salió públicamente en defensa de los guerrilleros de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) arrestados en Taco Ralo, Tucumán, en septiembre de 1968.

Durante el congreso clandestino celebrado por el peronismo en Córdoba en enero de 1969, Alberte pronunció un discurso que obtuvo mucha repercusión. "Hay que dominar la estrategia mejor que los generales que la emplean para oprimir y sojuzgar y que en nuestras manos debe servir para liberarnos. En esta época de transición entre el capitalismo y el socialismo, entre el miedo y la libertad, entre lo que cae y lo que viene, hay que ser un hombre de acción para ser digno de la conducción de las masas populares".

Al hablar en el cementerio de la Chacarita, el 22 de julio de 1971, después del secuestro y asesinato de Juan Pablo Maestre y su esposa Mirta Misetich, Alberte reveló que ambos eran militantes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), reivindicando como combatientes a quienes hasta entonces sólo aparecían ante la opinión pública como víctimas de la represión ilegal.

En 1973, las vísperas del retorno del Peronismo al gobierno, Alberte observaba el futuro con prevención: "A esta altura de la situación ya se ha puesto en evidencia (...) la trampa de la Junta Militar cuyo objetivo es integrar al Peronismo al sistema con la finalidad de crear un gobierno favorable al continuismo. (...) Pero aunque no prevaleciera la maniobra oficial, si pasando por encima de los ardidés tramados (...) triunfara un gobierno no dispuesto a mantener la línea continuista, la trampa le estará esperando siempre".

Coincidió su visión de los acontecimientos con la de Gustavo Rearte. Y cuando la "primavera" de Cámpora agonizaba, a comienzos de julio de 1973, tuvo que volver Alberte a la Chacarita para despedir los restos de uno de los fundadores de la Juventud Peronista –Gustavo–, derribado prematuramente por el cáncer, como cinco años antes lo fuera Cooke. Quiso el destino que don Bernardo confortara a los dos en sus últimos

días, como amigo y compañero.

No ocupó Alberte cargo alguno en los gobiernos peronistas que se fueron sucediendo. Se mantuvo en un segundo plano hasta 1975. Entonces se puso a la cabeza de la Corriente Peronista 26 de Julio, acompañado entre otros por Susana Valle, y salió a denunciar frontalmente al golpismo que se avecinaba. "Sabemos que desde las estructuras del Movimiento y del gobierno, hubo y hay quienes desvirtuaron y desvirtúan los contenidos del Peronismo –cuando no los traicionaron-; los hemos señalado oportunamente –cuando el silencio gorila callaba las acciones de López Rega- y los seguimos señalando".

Pocos días antes del golpe, la represión ilegal desembozada irrumpía en las oficinas céntricas donde funcionaba la Corriente 26 de Julio con el evidente propósito de secuestrar a Alberte. Pero esta vez los paramilitares fallaron en su intento.

En la víspera del 24 de marzo dirigió una memorable carta a Videla, poniendo en evidencia la responsabilidad de las Fuerzas Armadas en la represión ilegal, que acababa de cobrarse la vida de un joven colaborador suyo, Máximo Altieri.

Horas después, en momentos de producirse el golpe militar, efectivos uniformados del Ejército y la Policía Federal irrumpieron en el domicilio de Alberte, derribando la puerta con sus armas y profiriendo insultos y amenazas. Sin poder ejercer defensa alguna, ante el despliegue desmesurado de efectivos y armas utilizadas, don Bernardo fue arrojado al vacío desde una de las ventanas de su departamento. Al caer a un patio de la vivienda del primer piso, su morador, el Dr. Herrera, ex juez y otros testigos que presenciaron el hecho, fueron amenazados con armas largas para que silenciaron lo visto. En tanto el cuerpo de Bernardo Alberte yacía exámine, su casa era violada y saqueada, intimidándose a sus familiares con armas de fuego.

Sus familiares iniciaron antes la Justicia una querrela al responsable del Ejército, el general Videla, pero se encontraron con jueces que se declaraban incompetentes pese a tener pruebas suficientes para esclarecer el hecho. Así se dieron trágicas anécdotas como la del Juez Rafael Sarmiento que, cuando el abogado patrocinante de la familia le dijo que a Alberte lo habían tirado con vida por la ventana, contestó "¿Y con eso...? A todos los peronistas habría que tirarlos por la ventana". O la del Juez Juan Bautista Sejean, que le confesó al propio hijo de Alberte que tenía miedo de investigar y por eso se declaraba incompetente.

Don Bernardo era consciente de los riesgos que corría al decidir permanecer en su hogar la noche del golpe. Complejo sería intentar describir el entrecruce de razones y sentimientos que pudieron llevarlos a desoír la voz del sentido común que estaba acostumbrado a desafiar con

valentía. Los generales que ordenaron su asesinato debían de conocerlo bien, sabían que combatiría a la dictadura con todo el peso de su prestigio y coraje.

Revista El Descamisado

BERNARDO ALBERTE, PRIMERA VICTIMA DEL GOLPE DEL '76

"Lo tiraron desde el sexto piso"

El mayor Alberte terminaba de escribir una carta al jefe del Ejército, Jorge Videla, cuando fue tirado por la ventana por un grupo de tareas, que inauguraba la sangrienta represión de la última dictadura militar.

Alberte fue delegado personal del ex presidente Perón y secretario general del Movimiento Peronista.



Miguel Bonasso, Página 12, 22/03/99

"¡Alberte, te venimos a matar!", gritaron los hombres del Ejército que vestían uniforme de combate. Y el teniente coronel retirado Bernardo Alberte supo que hablaban en serio. Intentó alcanzar su pistola, pero no le dieron tiempo. Lo agarraron entre varios y lo arrojaron al vacío. Su cuerpo destrozado fue llevado al Hospital Militar y a la comisaría 31 de la Policía Federal, pero el crimen quedó impune. Durante años su hijo Bernardo y sus hermanas recorrieron los estrados judiciales, donde sólo encontraron odio, indiferencia y cobardía. La causa quedó cubierta por el polvo y el olvido. Como el nombre mismo de Bernardo Alberte, ex delegado de Juan Perón y ex secretario general del Movimiento Peronista en los duros años del onganato. Un rato antes de que llegaran los visitantes de la noche, el Yorma, el Tintorero, como lo conocían amigos y enemigos, había tecleado una carta al comandante en jefe del Ejército Jorge Rafael Videla, denunciando el secuestro y asesinato de Máximo Altieri, un joven militante de su agrupación (la Corriente Peronista "26 de Julio"), y los intentos de bandas armadas, integradas inequívocamente "por elementos de seguridad", que habían pretendido secuestrarlo a él mismo. Allí Alberte, sin esperanzas, advertía al futuro dictador sobre los alcances de la enorme ordalía de sangre que las fuerzas a su mando estaban por desatar contra el pueblo argentino. Terminó de escribirla a la una de la madrugada de un día muy especial: el 24 de marzo de 1976. Una hora después los asesinos irrumpían en su departamento de avenida Libertador al 1100, perpetrando el primer asesinato de una serie que sumaría más de treinta mil. Por una extraña paradoja de la historia, la primera víctima del golpe militar

resultaba ser un militar. Claro que un militar muy especial, que reverenciaba al Che Guevara, odiaba a "la oligarquía y el imperialismo" y se había tomado en serio la consigna de Eva Perón: "El peronismo será revolucionario o no será nada". A veintitrés años del crimen impune, Página/12 entrevistó a Bernardo Alberte hijo, que no ha cesado un solo día de bregar por la memoria de su padre. Este es el diálogo y la historia trágica de un peronista tercamente ético que fustigó sin piedad "a los dirigentes del movimiento que se pasaron al enemigo" y a sus antiguos camaradas de armas, convertidos en "una banda de asesinos y torturadores".

–Bernardo: ¿su padre ha sido olvidado o silenciado?

–Ha sido silenciado por este peronismo traidor y socio de los genocidas que está en el Gobierno.

–Cuéntenos, entonces, quién fue Bernardo Alberte.

–Fue el hijo de un inmigrante español que puso una vinería. Papi era un hombre del pueblo que, por alguna razón que desconozco, se hizo militar.

–¿Y eso le dejó huellas? ¿Era "milico" en la vida personal?

–Y bueno, en algunos aspectos formales, sí. Era severo, introvertido. Madrugador. Se levantaba a las seis de la mañana. Pero, a diferencia de varios de sus colegas, siempre fue un formidable laburante. Un tipo exitoso en el comercio, que nunca le hacía ascos al laburo. Y que a mí y a mis hermanas nos tenía al trote para que estudiáramos y trabajáramos.

–¿Cuándo nació?

–El 17 de noviembre de 1918. Tendría ahora 80 años. Tenía 56, casi 57 cuando fue asesinado. Ahora bien, lo más importante de Bernardo Alberte fueron los grandes cambios que sufrió a lo largo de su vida. Como fue cambiando su conciencia de la realidad argentina, desde que se graduó como subteniente con las mejores calificaciones de su promoción.

–¿Cuándo se hizo peronista?

–Fue peronista desde los orígenes mismos del movimiento. Y tal vez por eso mismo nunca fue un obsecuente. Cuando se las tenía que cantar al propio Perón, se las cantaba. (De ahí que Perón lo llamara "el gallego cabezadura"). Así lo hizo en su primera carta de 1957 y así lo hizo en la última, escrita en octubre de 1972, en vísperas del famoso retorno.

–¿Qué le "cantaba" a Perón en esas cartas?

–En la de 1957 (que le mandó al exilio de Caracas) le decía que entendía por qué no se había puesto al frente del Ejército leal y del pueblo, para enfrentar a los gorilas. Aquello de evitar el derramamiento de sangre. Pero al mismo tiempo se preguntaba y le preguntaba cuánta sangre haría falta para desalojar del poder a sátrapas como Aramburu y Rojas. En la de 1972 lo prevenía contra aquello otro de volver al país "como prenda de paz" y no como líder de una verdadera revolución peronista.

–¿Cómo empezó la militancia del joven Alberte?

–En octubre de 1945, cuando el entonces coronel Perón fue destituido y enviado preso a la isla Martín García, papá, que era teniente, intentó levantar a la Escuela de Infantería. Falló en su intento y fue degradado y encarcelado. Después del levantamiento popular del 17 de octubre, recuperó la libertad y el grado. En 1954, cuando era mayor, lo designaron

edecán del presidente y en esa función estuvo al lado del general Perón hasta que éste decidió renunciar y salir del país. En junio de 1955, cuando la aviación naval bombardeó la Casa Rosada, Alberte fue uno de los militares que encabezó la defensa del orden constitucional. Y en setiembre, al producirse el nuevo levantamiento, fue partidario de resistir hasta las últimas consecuencias. Los golpistas lo encarcelaron en represalia por haber cumplido con su deber militar y constitucional y lo confinaron en las cárceles flotantes, en la Penitenciaría, en el Penal de Magdalena y finalmente en la cárcel de Ushuaia. Recuperó su libertad recién a fines de 1956.

–Tal vez, paradójicamente, de esa manera salvó su vida, porque si hubiera estado en libertad, se hubiera enganchado en el levantamiento de junio de 1956 y hubiera sido fusilado como el general Juan José Valle.

–Sin duda. Por algo la viuda del general Valle le entregaría después, en el sesenta, las charreteras de general que le arrancaron a su esposo antes de fusilarlo en la Penitenciaría. Custodia que mi padre le agradeció en una carta, como el "más grande honor de su vida". Y es tan cierto que salió de la cárcel y anduvo perseguido hasta que se asiló en la embajada de Brasil y luego tuvo que salir al exilio en ese país. Entonces el Ejército lo dio de baja. El exilio fue una experiencia que le dejó huellas todavía más dolorosas que la prisión.

–¿Cuáles son sus recuerdos personales de aquellos momentos?

–Yo nací en 1948, así que cuando papá fue preso por primera vez yo tenía siete años. Y me recuerdo, claro que me recuerdo. Me recuerdo de las cartitas que le mandaba al barco diciéndole: "¿Papi, cuándo nos vas a invitar a dar una vuelta en el río?". Porque él, evidentemente, no quería dramatizar la situación y uno se figuraba, casi, como que estaba de paseo.

–¿Y en el exilio?

–A Brasil, en los primeros tiempos, fue solo. Después fuimos nosotros. Al principio fue vendedor ambulante. Vendía ropa interior. Después consiguió un trabajo de escribiente en una oficina. Cuando volvió del exilio, después de la amnistía de Frondizi en 1958, tuvo que disminuir bastante su actividad política para recomponer la situación económica. Porque nunca olvidó que tenía mujer y cuatro hijos. Primero puso un negocio de compostura de calzado en el acto. Y le fue bien. Después la tintorería de la calle Juncal, que él llamó La Limpiería. Y conservó hasta el final. La Limpiería que yo sigo atendiendo hasta el día de hoy. Como le dije: era muy laborador. El siempre les decía a los muchachos: para militar hay que robarle horas al sueño, porque si no se deteriora la parte económica y sufre la familia. Pero, a comienzos de los sesenta, ya estaba de nuevo militando a full.

En el '65, cuando Isabel Perón vino a la Argentina enviada por el General para frenar el alzamiento neoperonista de (Augusto) Vandor, se alojó primero en el hotel Alvear y luego en el hotel del Sindicato de Luz y Fuerza, adonde iban todos los días los gorilas para armarle quilombo. Era una situación peligrosa y complicada. Un día vino (Jorge Daniel) Paladino por casa (nosotros vivíamos entonces en la calle Yermal) y le dijo al viejo que no sabían dónde meterla. Entonces papi les dijo: "Bueno, tráiganla a

casa". Y la trajeron nomás. Estuvo como quince días allí en la calle Yermal, con algunos hombres de custodia.

—¿Y López Rega? Porque se dice que fue su papá el que le presentó al Brujo.

—Bueno, ya va a ver. Los custodios de Isabel en aquel momento eran dos muchachos que terminaron en trincheras diferentes: Alberto Brito Lima y Dardo Cabo. Brito Lima terminó con la gente de (Jorge) Osinde y (José) López Rega que hicieron la masacre de Ezeiza y Dardo, en cambio, fue asesinado por los militares en la cárcel. En aquellos días dormían en mi pieza y le aseguro que era una ferretería la casa. Había unos matracones que Dios nos libre. Un día llamaron por teléfono los "comandos civiles" o algo así, diciendo que iban a tomar la casa y había que sacar a Isabelita de cualquier forma. Papi les propuso que se descolgaran con una sogá por la pared trasera (que tenía unos doce metros de altura) y se escaparan por las vías del ferrocarril. Isabel lo miraba como diciendo "éste está loco". Y se cambió el plan de fuga. A Isabel la sacaron con una jugada de novela: mi hermana se puso una peluca rubia y salió por la puerta con toda la custodia. Y todos los policías y los periodistas se fueron detrás, permitiendo que al rato Isabel se esfumara sin llamar la atención. Y fue en esos días, efectivamente, cuando apareció el Brujo López Rega por casa. El tenía entonces una imprenta, Suministros Gráficos, y hacía trabajos para el movimiento.

—Se dice que su papá y él pertenecían a la logia Anael.

—Yo siempre lo negué, porque papi —que era muy reservado— no me lo dijo nunca. Pero parece que es cierto. La logia había sido creada por el ex juez Julio César Urien y, en realidad, era una agrupación antiimperialista, tercermundista, que luego López Rega (que debía ser de la CIA nomás) cargó de contenidos fascistas. La cosa es que yo un día llegué del colegio y me encontré sentado en la sala a un tipo bastante estafalario, que me hizo preguntas raras, de trastornado. Y era, claro, López Rega. Que conoció a Isabel en mi casa y a partir de ese momento se le pegó para siempre con las consecuencias que todos conocemos.

—Llegamos, entonces, a su etapa como delegado.

—Perón designó a papi como delegado personal y secretario general del movimiento en 1967. Cuando se acabó la política del "desensillar hasta que aclare", que él mismo había propiciado al comienzo de la dictadura de (Juan Carlos) Onganía, había que volver a reorganizar las fuerzas para pegar duro. El enfrentó al líder de la UOM, (Augusto) Vandor y al jefe de los que entonces se llamaban "participacionistas", el dirigente de la Uocra, Rogelio Coria. Y los echó del movimiento. Que empezó a reorganizar poniendo el eje en la nueva militancia, en la juventud. Fue entonces cuando se llevó a cabo el Congreso de la Juventud. También apoyó decididamente al gran enemigo de Vandor, Raimundo Ongaro, y a la CGT de los Argentinos que éste conducía en contra de las direcciones sindicales vendidas a las patronales y los milicos. El siempre denunció todas las trampas del régimen para captar al peronismo y neutralizarlo. Por eso, cuando el general Onganía quiso devolverle el grado, junto con otros militares peronistas, se negó diciendo que no lo aceptaría hasta que le

devolvieran el grado y el uniforme a Juan Perón. Lo que hizo que muchos de sus antiguos camaradas, dispuestos a aceptar la canonjía del dictador, lo putearan. En marzo de 1968, cuando se produjo el congreso normalizador de la CGTA, renunció a sus cargos.

–En rigor, Perón lo reemplazó por el conservador Jerónimo Remorino.

–Sí. Y por (Jorge Daniel) Paladino.

–¿Nunca más lo volvió a ver a Perón? ¿Ni siquiera cuando regresó?

–Nunca. Sólo fue a despedirlo cuando murió, el primero de julio de 1974. Allí estuvo en la fila, bajo la lluvia, como un peronista más. No quiso usar sus privilegios como ex delegado, como tampoco quiso arrimarse al último Perón para tener un cargo en el gobierno. En algún momento le ofrecieron ser nombrado presidente de YPF, pero cuando él presentó su plan para levantar la petrolera estatal, obviamente no lo llamaron.

–¿Fue amenazado por la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina)?

–Fue amenazado, pero siguió haciendo su vida normalmente.

–Es increíble que no lo hayan asesinado. ¿Pudo ser un inesperado escrúpulo del Brujo?

–No creo. Pienso más bien que lo pudo haber salvado alguno de sus antiguos camaradas que se sumaron a la Triple A. Alguien que vio una lista y dijo, por ejemplo: "¿Alberte marxista, no me jodan?".

–Pero él se había radicalizado mucho. Simpatizaba con la revolución Cubana, con las organizaciones armadas. ¿No?

–Sí. Centralmente con el grupo de Gustavo Rearte y con el Peronismo de Base y las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

–Pero en 1976 los militares cumplieron la sentencia de la Triple A. ¿Cómo fue el asesinato?

–El 20 de marzo lo fueron a buscar a las oficinas de la Corriente 26 de Julio, en la calle Rivadavia. Y no lo encontraron. En aquellos días él salía de casa con el impermeable enrollado en el brazo para tapar el revólver que llevaba apuntando. Pese a ser militar no era un hombre adicto a las armas. Pero tampoco quería que lo mataran "sin llevarse a uno del otro lado". Entonces secuestraron a este compañero, Máximo Altieri, un militante de la corriente. El episodio lo conmocionó tanto que hasta escribió una carta a las Tres A diciendo que él se canjeaba por el muchacho. La carta, que conserva mi hermana, no llegó a hacerse pública porque el viejo, enloquecido, salió a buscarlo y no paró hasta encontrarlo. Tarde, desgraciadamente. Encontró su cadáver destrozado en la morgue del cementerio de Avellaneda. En la noche del 23. El último día de su vida. Esa mañana yo le había dicho que se rajara, que lo iban a matar, pero él se encogió de hombros y me miró como diciendo: "Yo no me voy más". Entonces llegó a casa y se puso a escribir la carta a Videla, denunciando el asesinato de Altieri. La terminó a la una de la madrugada. A las dos llegaron los carros del Ejército y cortaron la cuadra de Libertador que va de Ayacucho a Schiaffino, frente a donde estaba el Italpark. Rompen la puerta de entrada. Van directamente al departamento del encargado y lo llevan para que los guíe hasta la casa de Alberte. Suben los seis pisos por la escalera. Rompen la puerta de servicio a culatazos y entran gritando: "¡Alberte, te vamos a matar! ¡Por tu culpa murieron muchos camaradas!".

Papi intenta alcanzar su pistola, pero lo arrojan desde el sexto piso. Cae muerto en el patio del primer piso, donde vivía un juez de apellido Herrera, que sale despavorido a ver lo que estaba pasando. Un tipo del Ejército lo encañona y le dice que, si se atreve a denunciar el hecho, él también va a morir. Mami y mi hermana Lidia estaban tiradas en el piso, apuntadas por los fusiles. A mi hermana se la quieren llevar, pero por milagro se salva. Buscan papeles. Armas que no hay. Y se salva también milagrosamente la correspondencia Perón-Alberte, que papi ha tenido la prudencia de entregarle, días antes, a un compañero de fierro (Tomás Saraví) que se la lleva a su exilio de Costa Rica y la preserva. Durante años la daremos por desaparecida, hasta que hace poco, otro querido amigo y compañero, Goyo Levenson, me dice que la busque en Costa Rica. Y ahora que la recuperamos la vamos a publicar con Eduardo Gurrucharri. Milicos y policías saquean la casa. No dejan nada. Concluido el operativo, el responsable del asesinato, identificándose con nombre y rango llama al Hospital Militar Central, para pedir una ambulancia. Que llega, a cargo de un doctor Pisione y del teniente Federico Guañabens (cédula de identidad N° 7.016.526). En la guardia del Hospital Militar el cadáver de mi padre es recibido por el teniente primero Figueroa, jefe de servicio de la guardia del hospital. Pero, ante lo comprometedor del caso, deciden derivar el cuerpo a la comisaría 31 y arrancar la página del día del libro de entradas para no dejar huellas.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Todo lo que pudimos. Algunos nos preguntaban si no teníamos miedo. ¿Pero cómo va uno a sentir miedo con tanto dolor? Si nos hubiesen matado como a él, nos habrían hecho un favor. Entonces conocimos los mayores extremos de grandeza y miseria de la condición humana. Dos jueces se declararon incompetentes: Juan Bautista Segean y Rafael Sarmiento. Segean me dijo directamente: "Si investigo, me matan a mí también". Sarmiento fue más lejos y le dijo a nuestro abogado: "No sólo a Alberte había que tirarlo por la ventana, sino a todos los peronistas". Nuestro patrocinante, en cambio, era un tipo maravilloso. Quiero rendir homenaje a Jorge Garber, abogado de discapacitados, que iba él mismo en silla de ruedas a Tribunales, empujado por su formidable coraje. Después la causa se radicó en el propio Comando en Jefe del Ejército, en el Consejo de Guerra Especial Estable de la Capital Federal. Con los resultados que usted se podrá imaginar. En junio del '76 nos volvió a golpear la tragedia, cuando secuestraron a mi cuñado Alberto Bello, esposo de mi hermana Silvia, que fue asesinado en Córdoba. En 1979, cuando vino la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, hicimos la larga cola de familiares para denunciar los dos crímenes y allí vimos a esas Madres de Plaza de Mayo, a las que les decían locas porque habían sabido ver antes que nadie la dimensión real del infierno. En el largo vía crucis hubo un juez, Olivieri, que al menos llamó a declarar a los vecinos como testigos. Pero ni con eso logramos que se hiciera justicia. Otro juez, Eduardo Marquardt, ordenó "archivar las actuaciones". En ese largo peregrinar pedimos, junto con mi hermana Silvia, el apoyo de abogados peronistas. Hubo borradas históricas. Italo Luder, que en ese momento

estaba en campaña electoral, se negó en redondo a firmar el escrito, aduciendo que "el tema Alberte era un caso muy espinoso". Igual hizo Angel Federico Robledo. En cambio el futuro embajador en Estados Unidos, Diego Guelar, que reconoció a mi hermana Silvia porque había militado con su esposo Alberto, aceptó firmar. Otros firmaron y luego se arrepintieron como el doctor Gerardo Conte Grand. Entre los firmantes estaban Carlos Corach, César Arias, Alberto Iribarne y el mismísimo Carlos Saúl Menem, que nos impactó al decir: "Si es por don Bernardo, primero firmo y después leo". Claro que el impacto solidario se nos borró cuando firmó el indulto de los asesinos de mi padre y esos otros letrados justicialistas que cité lo avalaron. O cuando concurrió al velorio de su amigo el fusilador Isaac Rojas, junto con Massera y Astiz.

–¿Qué hubiera hecho Bernardo Alberte frente al peronismo de hoy en día?
–Hubiera hecho lo mismo que hizo frente a los traidores como Vandor y Coria. Atacarlos y denunciarlos. Creo que se hubiera muerto de nuevo. Creo que de algún modo más sutil ellos también lo habrían matado.

¿POR QUE BERNARDO ALBERTE?

En nombre del padre

Miguel Bonasso

Bernardo Alberte (50) es hijo del otrora legendario delegado de Juan Perón, el "Yorma" Bernardo Alberte. Y junto con sus hermanas ha dedicado gran parte de su vida a tratar de que el asesinato de su padre no quedara impune y su memoria no fuera borrada por los que usufructúan los símbolos históricos del peronismo. En su casa hay una vitrina con mudos testimonios de una historia malversada: las charreteras que los "libertadores" le arrancaron al general Juan José Valle antes de fusilarlo. La gorra verde oliva de su padre. Es un personaje bueno, tierno, que sigue llamando "papi" al hombre duro y ético que le arrebató la patota militar. Bernardo hijo aún atiende el negocio heredado de Bernardo padre: La Limpiería de la calle Juncal, que alguna vez fue la jabonería de Vieytes de un peronismo romántico y peleador, confinado por el cinismo modernizante a las nieblas de la leyenda y la historia. Como tantas miles de víctimas, sigue esperando "ese oscuro día de justicia", que el año pasado pareció acercarse un poquito a la realidad con las suaves detenciones de Videla, Massera, Bignone, Nicolaidés, Acosta y el muy augusto hijo de su madre, Pinochet. Pero ese hombre bueno, como suele suceder, se transfigura cuando se topa en la calle con los malos. Como ocurrió con el ex general Carlos Guillermo Suárez Mason, a quien un buen día agarró de la campera, hasta romperle la manga, metió en un garaje y le dijo de buenas a primeras: "Vos mataste a mi padre". El anciano fofa que se deshacía entre sus manos le contestó "yo no maté a nadie" y, por unos instantes, lo dejó descolocado. "Pero vos sos Suárez Mason", dijo Bernardo Alberte flotando entre la pregunta y la afirmación. Y como la respuesta fue afirmativa, comenzó a cachetearlo y escupirlo, hasta que el

asco lo hizo detenerse. Circunstancia que aprovechó el general para intentar una retirada que nunca hubiera podido ser digna, pero que se convirtió en grotesca por la certera patada que recibió en las nalgas. Otro buen día, Alberte se encontró con el juez que había celebrado el salto al vacío de su padre y esta vez se limitó a putearlo. Rafael Sarmiento ensayó una disculpa y Bernardo le respondió que llegaba con veinte años de retraso. Durante los años más negros de la dictadura militar, Bernardo Alberte (hijo) bregó para que se esclareciera el asesinato de su padre. Ahora libra otra clase de lucha para salvarlo de esa segunda muerte que es el olvido de la democracia amnésica.

LA CARTA DE ALBERTE A VIDELA

Entre los miles de hombres y mujeres que sufrieron y resistieron los bombardeos de Plaza de Mayo, hubo un militar que luego sería edecán de Juan Domingo Perón y que el 16 de junio de 1955 participó de la defensa de la democracia. Se trata del Mayor Bernardo Alberte, quien en palabras del recordado y entrañable periodista Emilio Corbière, "fue un ejemplo como lo fueron, en el peronismo, John W. Cooke, Andrés Framini, la querida e inolvidable Alicia Eguren, Gustavo Rearte, Juan José Hernández Arregui, entre otros, y no los monigotes actuales. Fue delegado de Juan Perón y secretario general del Movimiento Peronista bajo la dictadura de Onganía. Era un militante de hierro pero detrás de su adustez había un varón cordial, un compañero entrañable, que siempre buscó la unidad de los revolucionarios. Nunca buscó cargos, ni candidaturas, ni prebendas. Fue solidario con los perseguidos. Por todo eso, los militares criminales lo fueron a buscar a su domicilio y allí lo asesinaron" el 24 de marzo de 1976.



A continuación, la carta que escribió Alberte a Jorge Rafael Videla pocas horas antes de ser secuestrado por miembros del Ejército Argentino.

Un documento que en medio de los aniversarios por los bombardeos sobre Plaza de Mayo en 1955 y los fusilamientos de junio de 1956, echa luz para entender por qué el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional es una punta del ovillo que iniciaron las bombas arrojadas sobre la población civil el 16 de junio de 1955 para derrocar al gobierno constitucional del General Juan Domingo Perón

Buenos Aires, 24 de marzo de 1976

Al Sr. Teniente General

D. Jorge Rafael Videla
Comandante General del Ejército
S/D

Me dirijo a Ud. a los efectos de informar lo siguiente:

1.- El día 20-III-76, a las 20 horas, un grupo armado intento secuestrarme, en mis oficinas de la calle Rivadavia 764, 1º, con el aparente propósito de asesinarme. Acababa de retirarme del lugar elegido por esa banda armada unos minutos antes, lo que me permitió observar el operativo desde la calle, así como el gran despliegue de elementos materiales y humanos utilizados.-

2.- La observación personal de los hechos me permite asegurar a Ud. que se trataban de efectivos de seguridad, que luego de detener a tres personas que se encontraban en las citadas oficinas, esposarlas, vendarle los ojos y cargarlas en los vehículos, se desplazaron velozmente por la calle Rivadavia hacia el oeste, sin poder seguirlos, por no poder disponer de vehículo propio en ese momento. El desplazamiento se produjo con los acostumbrados toques de sirena de los vehículos policiales.-

3.- El día anterior en un operativo vinculado con el ya descrito fue secuestrado y luego asesinado el joven peronista Máximo Augusto Altieri.-

4.- En las citadas oficinas desarrollo actividades políticas vinculadas al Movimiento Peronista, formando parte de la Corriente Peronista '26 de Julio' cuyo ideario surge de la documentación que adjunto.-

5.- La presente denuncia formal y escrita la presento en esta oportunidad luego de haber agotado todos los medios para averiguar el paradero del joven Altieri, vivo, lo que conseguí, pero muerto el día sábado 20, después de gestiones infructuosas realizadas en ese Comando General; en el Ministerio del Interior y a través de vinculaciones personales con camaradas relacionados con los Servicios de Informaciones.-

6.- La búsqueda personal realizada junto a su padre, fue facilitada por compañeros peronistas de la Municipalidad de Avellaneda y por personal policial de la Comisaría 1ª. de esa ciudad, lo que me permitió hallarlo acribillado a balazos en la morgue del cementerio de Avellaneda, sin identificar, en avanzado estado de descomposición, con el vientre abierto y con las vísceras al aire. El cadáver era un simple N.N., a los cuatro días de haber sido encontrado por la policía de Tristán Suárez, en su jurisdicción, habiendo fallado en él el método eficaz y habitual de identificación sin causa justificada.

7.- Es muy probable que si no hubiera mediado la decisión de encontrarlo y la colaboración del personal descrito hubiera desaparecido toda posibilidad de que sus familiares ejercieran el derecho de darle sepultura cristiana.-

Estos son los hechos que informo al Sr. Comandante General, pero que como información sintética y descripción objetiva, no tiene mucha importancia dentro de todo el contexto de violencia que caracteriza la situación política argentina, si no va acompañada de una apreciación que me siento con el derecho de hacer y con la obligación de señalar, por mi condición de Jefe retirado de las FFAA, cuya trayectoria dentro de la Institución el Sr. Comandante General conoce bien; por mi actuación política dentro del Movimiento Peronista, donde ocupe la mas alta jerarquía dentro del país durante parte del exilio del General Perón y por la militancia política que continuo realizando dentro del movimiento mayoritario, lo que me confiere, por lo menos, la experiencia que muchos necesitan para acceder a una realidad que se les escapa y que los supera, lo que es grave cuando ello le ocurre a quienes tienen la responsabilidad de asumirla, comprenderla y conducirla con acierto. -

En mis apreciaciones el Sr. Comandante encontraría excesos si no aclarara que me siento en condiciones de dirigirme a Ud., no con mis simples atributos de oficial retirado de las FFAA, que me subordinarían y me limitarían, y por consiguiente, harían de mis consideraciones una formal, simple e insuficiente apreciación que carecería de valor. -

Sin dejar de expresarle a Ud. el respeto que me merecen ciertas jerarquías, puedo asegurarle que la vida me ha enseñado a superarlas a todas, cuando de la necesidad de expresar el pensamiento se refiere. Esa fue mi norma, aun desde joven oficial; frente a Generales de la envergadura inigualada del General Juan D. Perón; frente a políticos y militantes; frente a los hechos simples y los más graves. -

Esto me lo enseñó la vida que transite como joven y como viejo como pobre y como rico; como obrero y como patrón; como militar y como civil; como jefe y como subordinado; como subversivo y como político; como libre y como preso; como perseguido, como prófugo, como exiliado, como peronista. -

Sin duda avanzamos hacia un enfrentamiento hacia el que se nos quiere llevar gradualmente con falsas opciones y manejando falsos valores y alarma observar la ligereza y hasta la irresponsabilidad con que ciertas personas y ciertos sectores que tienen poder, poder transitorio, alientan el enfrentamiento con hechos o con palabras. -

Y apuntando con este concepto a nuestros camaradas de las FFAA inquieta escucharlos en sus discursos fúnebres, por ejemplo, cuando ante sus muertos pareciera que quieren superar con palabras posturas que deben asumir con hechos silenciosos y positivos. Yo también tengo esa experiencia de discursos fúnebres. Hable en homenajes ante nuestros obreros y militantes muertos y también ante camaradas fusilados por otros camaradas, y comprendo ahora que no alcanzan las palabras, ni los

discursos, ni las oraciones fúnebres ni las homilias de nuestros santos pastores de la Iglesia, para ocultar las causas que generan la violencia que esta entre nosotros desde hace mucho tiempo.-

Reconozco que el que utiliza un muerto, su muerto, para desahogar su 'bronca' por la injusticia de esa muerte, tiene derecho a hacerlo. Pero si siguiéramos en esa puja de exaltar a nuestros muertos,

¿Quién tiene más derecho?

- ¿Aquel que tuvo la oportunidad de asistirlo y por lo menos, tocarlo aun caliente y desangrándose, o verlo recién 'acicalado' por la funeraria, preparado para el homenaje y para transitar 'limpio' hacia la gloria?

- ¿O aquel que tiene que recogerlo sucio de un zanjón o de un pastizal, acribillado salvajemente; indefenso y maniatado, torturado y vendado sus ojos, en alto grado de descomposición, como dicen las autopsias, o como decimos nosotros, podrido y en condiciones de ser ya comida de gusanos?

Este es el destino de muchos de nuestros militantes y de nuestros obreros. ¿Puede algún Coronel o algún General, asumir alguna vez, con su discurso, una tragedia como esta?. Le ahorro la respuesta: no lo haga. Yo ya no lo hago más. No bastan ni sirven las palabras para evitarla.-

¿Qué nos pasa a los argentinos? ¿Cuando aceptamos clasificar a los muertos en 'deseables' o ' indeseables'; cuando nos acostumbramos y hasta toleramos y propiciamos los excesos del poder, cuando renunciamos al debate y aceptamos que los detentadores de ese poder puedan considerar que en todo caso sus excesos puedan encuadrarse jurídicamente en figuras como 'excesos de defensa' u otros inventos; cuando negamos por boca de Generales de la Nación la democracia, con el argumento de que se podría propiciar un 'gobierno ateo, materialista y totalitario'?

Con estos conceptos no pretendemos enjuiciar a las FFAA, porque no somos jueces y si lo fuéramos no tendríamos el poder para hacer cumplir la justicia. Solamente, hacer reflexiones que permitan comprender la necesidad de la autocrítica, que no se observa en la severidad de los pronunciamientos militares que ya es costumbre repetida escuchar.-

Nosotros no consideramos a las FFAA como una institución poseedora de valores inmutables, sino como una institución humana que actúa para bien o para mal, de acuerdo a los hombres que circunstancialmente las dirigen. No son mejores ni peores que los hombres que la componen, y por consiguiente, no existe la continuidad histórica que iguala a todos los militares a través del tiempo con un mismo sello de excelencia, desinterés o patriotismo; tampoco el merito de una época alcanza a los protagonistas de otra, salvo que la revaliden con su propia conducta. Y lo mismo en lo

que atañe a conductas infamantes. Los meritos de San Martín no apañan a Quaranta, ni Fernández Suárez infama a Belgrano, a Dorrego o a Güemes. Podemos admirar al Alte. Brown y negar al mismo tiempo a Rojas y a Benigno Varela. Podemos sentirnos deudores y herederos de tantos milicos que regaron con su sangre el suelo de América y de la Patria y no por ello atenuar nuestro juicio sobre los oficiales cómplices, ejecutores y consentidores de vejámenes y torturas.-

Sin duda este es un criterio antagónico con el que sustentan muchos militares que tienen un extraño concepto de su parentesco con la historia y con la gloria. Pero es claro, y si se lo recalca así tan crudamente, es para evitar que se sigan cultivando prejuicios indiscriminados de un patriotismo que luego la historia nos revela como falso.

Es que los argentinos tenemos una ingrata experiencia acumulada en este siglo. Cuando con el argumento siempre esgrimido y ahora repetido, de la necesidad de defender 'un estilo de vida', nuestro estilo de vida, el Ejército protagonizó como represor la historia de la 'Patagonia trágica' y los obreros lo hicieron como mártires; cuando desde aviones navales con tripulación también de políticos se bombardeó al Pueblo en la Plaza de Mayo; cuando se fusiló en la Penitenciaría Nacional; en José León Suárez y en Campo de Mayo; cuando se fusiló en Trelew; cuando militares intervinieron en la profanación del cadáver de Evita, cuando el Ejército en un gran operativo pretendió impedir el reencuentro del Pueblo con su líder; cuando representantes de las tres armas concurren a convocatorias de lo más representativo de las empresas 'líderes' y lo más rancio de los terratenientes y ganaderos, para considerar la situación económica nacional y formular críticas al gobierno, sin asumir las propias, etc., la preocupación se apodera de los sectores populares, especialmente cuando se anuncia que el Ejército intervendrá en la 'subversión en las fábricas', lugar de trabajo de nuestros obreros y nada se dice de hacerlo en las empresas, lugar de explotación del país y del patrimonio nacional.-

La situación es seria y también dramática, no solo para los trabajadores, sino también para las propias FFAA, impulsadas a avanzar en un terreno, donde por plano inclinado serán llevadas a sustituir a las policías de los ambientes fabriles, hasta ahora privadas, y a ser custodios de los intereses de una de las partes, precisamente la menos indicada para representar el interés general.-

A todas estas reflexiones dan lugar los 7 puntos primeros de esta nota, que describen una situación concreta.-

Si a ello agregamos que bandas armadas se desplazan por la Capital de la República y por los centros poblados, sin respuesta alguna de las fuerzas encargadas del orden y sin que las autoridades responsables (en este caso el Jefe de la Policía Federal) tomen conocimiento, el problema es más grave, no porque supongamos que el General jefe de esa policía no

quisiera impedirlo, sino porque no puede : los hechos y las cosas lo superan.-

Si además, en las averiguaciones del paradero del joven Altieri y en otras realizadas, comprobamos que su caso no es el único, que las morgues renuevan diariamente sus depósitos de cadáveres acribillados y que los órganos de seguridad no se asombran, de ningún modo, sino que lo aceptan como común y normal, comprendemos que el pesimismo sobre la verdadera y grave responsabilidad y misión de las fuerzas del orden se ha apoderado de ellas, en el mejor de los casos, pues hay otros en que se las puede suponer cómplices de esas matanzas.-

Si escuchamos decir a funcionarios policiales que el joven Altieri ha sido 'ajusticiado', comprobamos a que nivel llego el respeto por el concepto de la justicia, a cuyo servicios ellos deber estar.-

Todos estos hechos se han producido en el ámbito con el que ese Comando en Jefe esta relacionado, por la función que ha asumido y es por ello que lo pongo en su conocimiento.-

Solamente y como corolario de todo esto corresponde hacer una ultima reflexión. Frente al concepto ya asentado de la inhabilidad de las FFAA para el ejercicio del poder político, experimentado en tres desgraciadas oportunidades en lo que va de este siglo, comienza ya a extenderse en la opinión publica el mismo concepto, pero en funciones que parecieran mas especificas de esas fuerzas: la del mantenimiento del orden y de la seguridad de las personas, a cuyo servicio han puesto ya oficiales en actividad.-

Por ultimo hago saber al Sr. Comandante General que denuncias similares sobre el hecho a que da lugar esta, han sido formuladas ante instituciones políticas, de la Iglesia, empresarias, obreras y profesionales, donde a cada una se le hace conocer nuestro pensamiento sobre las responsabilidades de cada una.-

Saludo al Sr. Comandante General

Bernardo Alberte
Tte. Cnl. (RE)

www.causapopular.com.ar

Contestación de Bernardo Alberte (hijo) a la carta de la esposa de un genocida: Sra. Liliana Edith Isidori de Amelong

Buenos Aires, 25 de julio de 2005

Sra. Lilliana Edith Isidori de Amelong:

Ha llegado a mis manos una carta donde usted se hace un sinnúmero de preguntas de cómo explicar a su hijo de seis años lo inexplicable. Me permito distraerla por unos instantes en esta "misión imposible" que usted se ha impuesto. Juan Daniel Amelong, su esposo o sea el padre de su hijo al que usted quiere explicarle lo inexplicable es un genocida. El juez federal Omar Digeronimo ordeno su detención por ser uno de los responsables de los centros clandestinos de detención "Quinta de Funes", y la ex fabrica militar de armas "Domingo Matheu". El magistrado le imputo 12 homicidios y lo responsabilizo por reiterados episodios de privación ilegítima de la libertad agravada en concurso real con aplicación de torturas. Para ser mas preciso es responsable de la detención-desaparición de Raquel Negro (embarazada) y de su hijo, asi como del secuestro y torturas a Adriana Arce. Jefe de Operaciones (secuestros) y torturador del destacamento de Inteligencia 121 (Rosario).

En otra parte de su carta, usted, quejandose, alude a que "La Constitución nos dice que todos somos iguales ante la ley....". Me permito recordarle que su esposo a tenido todas las garantías de un debido proceso, por otra parte le recuerdo que usted y su pequeño hijo pueden visitarlo en su lugar de detención, y el día de mañana tendrán la oportunidad de colocarle una flor en el lugar donde inexorablemente descansara, esta regla básica de la condición humana, su esposo como integrante de un ejercito de ocupación no las tuvieron en cuenta, sus victimas fueron confinadas en terroríficas mazmorras, asesinadas y desaparecidas, sin oportunidad a defensa alguna e impidiendo a sus familiares darle una cristiana sepultura por desconocer el paradero.

Al final de su misiva usted hace alusión "a la unión de los argentinos, para la pacificación nacional", "a cerrar una etapa triste de nuestra historia" y "avanzar hacia un futuro promisorio como Nación". Quiero expresarle que si bien con personajes como su esposo yo personalmente no me reconcilio, es imprescindible lograr la verdad y la justicia y el castigo a los culpables, para tratar de cerrar tan hondas heridas.

Lo lamento por su hijo, su padre a deshonrado al Ejercito de San Martín, la historia me atrevo a predecirlo condenara severamente esta negra y vergonzosa etapa, donde Juan Daniel Amelong a sido sin lugar a dudas uno de sus siniestros protagonistas.

Por ultimo estas palabras que son de un Patriota Argentino, oficial del Ejercito Sanmartiniano, asesinado por las F.F.A.A. el 24 de marzo de 1976, la he encontrado adecuadas para que las lea o se las transmita a su esposo:

"Nosotros les prevenimos que algún día vendrá el hombre sencillo de la

Patria a interrogar a sus militares en actividad y en retiro. No los interrogaran sobre sus largas siestas despues de la merienda, tampoco sobre sus estériles combates con la nada, ni sobre su antológica manera de llegar a las monedas, no sobre la mitología griega ni sobre sus justificaciones absurdas crecidas a la sombra de la mentira.

Un día vendrán los hombres sencillos de esta tierra, aquellos que fueron sus soldados, a preguntar que hicieron cuando la Patria se apagaba lentamente, que hicieron cuando los pobres consumían sus vidas en el hambre y la de sus hijos en la enfermedad y la miseria, que hicieron cuando los gringos vinieron a imponernos esa nueva forma de vida "occidental" que todo lo corrompe y compra el dinero.

Quizás para ese momento, la vergüenza que provoque el silencio como respuesta, no sea suficiente como castigo."

Saludo a usted

Bernardo Alberte (hijo)

www.causapopular.com.ar



INCIDENTE CON LA CUSTODIA DE DROMI

Como en los viejos tiempos

El hijo del asesinado mayor Alberte increpó duramente a Dromi, al cruzárselo por la calle. Minutos después, un auto con la chapa tapada lo cruzó y un grupo lo "detuvo", le sacó los documentos y lo interrogó con dureza. Lo salvaron los vecinos, que llamaron a la policía. No se sabe quiénes son los custodios.

Por Miguel Bonasso

El hombre cerró la puerta de la tintorería y se alejó caminando por Juncal al 800. Eran las siete y media de la tarde del 28 de enero pasado y estaba lejos de imaginar la pesadilla que le esperaba a pocos metros de distancia. Estaba cansado, hacía calor, la ciudad vibraba con gritos y cacerolazos que parecían no tener fin. Caminó hacia la Nueve de Julio. Treinta, cuarenta años atrás, esa tintorería familiar que había dejado a sus espaldas también vibraba, pero en sordina, con las eternas conspiraciones de su padre, "el Yorma", "el Tintorero", como le decían tanto los compañeros como la propia policía al mayor de Ejército retirado Bernardo Alberte. Que había sido delegado personal de Juan Perón y una de las figuras más honestas e intransigentes de la izquierda peronista. También

la primera víctima de la dictadura de Videla, cuando en la madrugada del 24 de marzo de 1976 sus antiguos camaradas de arma irrumpieron en su departamento de Libertador al 1100 y lo arrojaron al vacío desde un cuarto piso; un crimen que sigue impune.

Bernardo Alberte hijo, que ha heredado la voz, los principios y la famosa tintorería del padre, que ha hecho un culto de su memoria y odia al menemismo como "suprema traición al peronismo histórico", ignoraba ese anochecer que estaba por toparse, frente a frente, con uno de sus epítomes.

Caminaba por Carlos Pellegrini y lo vio por casualidad bajando de un auto: allí estaba frente a él Roberto Dromi, el ex ministro de Obras y Servicios Públicos de Carlos Menem, el privatizador, "el entregador de Aerolíneas Argentinas", que se aprestaba a entrar al edificio de Carlos Pellegrini que lleva el número 1325. Sin pensarlo dos veces comenzó a increparlo: –¿Qué hace tan tranquilo por acá, Dromi? Usted debería estar preso porque es uno de los principales responsables de la entrega del patrimonio nacional. ¡Un vendepatria!

Dromi observó atemorizado al desconocido que lo increpaba y se metió presurosamente en el edificio. Alberte, enfurecido, siguió recordando a los gritos la performance privatizadora del ex ministro, hasta que empezó a "arremolinarse la gente". Entonces el privatizador de Aerolíneas Argentinas se asomó a la puerta de Carlos Pellegrini 1325, acompañado por un custodio de civil. Pero la jugada le salió mal, porque los curiosos que habían comenzado a juntarse, convocados por la furia de Alberte hijo, al verlo en la vereda comenzaron a gritar, rítmicamente: "¡Hi-jo-de puta!, hi-jo-de puta!". Logrando que Dromi y su custodio volvieran a meterse en el edificio, con evidente premura.

El episodio parecía haber concluido y Bernardo Alberte retomó el camino hacia su casa. Sin embargo, al llegar al segundo boulevard de la 9 de Julio observó cómo un Volkswagen Passat color celeste se detenía abruptamente a su lado y descendían primero dos sujetos mal encarados y finalmente un tercero, que iba al volante. Vertiginosamente, como en un close up cinematográfico, observó que el Passat tenía la chapa patente cubierta con un trapo. No tuvo tiempo de pensarlo mucho, pero lo asaltaron de un golpe los peores recuerdos de su infancia y juventud, cuando "la tintorería" y "el tintorero Alberte" eran el blanco favorito de Coordinación Federal por sus frecuentes denuncias contra las policías dictatoriales.

Los tres tipos se le tiraron encima; uno de ellos le metió la mano en el saco y le arrebató el documento de identidad. Otro le preguntaba:

–¿Por qué lo puteó a Dromi?

Alberte logró desasirse con un tironeo y un grito firme: "¡Suéltenme, carajo!". Los tipos, que se identificaron como policías y custodios del exministro, lo soltaron, pero le retuvieron el documento y lo rodearon para cortarle la salida. El que interrogaba quiso saber ahora si había participado en un "escrache anterior" contra el ex ministro de Menem. "No –contestó Alberte– porque no me enteré. Sino hubiera participado".

La gente volvió a juntarse ante el nuevo escándalo, exigiendo que los

custodios de Dromi dejaran ir al desconocido que estaban reteniendo. Alguien protestó: "¡Esto es privación ilegítima de la libertad!" Un patrullero de la comisaría 15 se acercó a ver que ocurría y uno de sus ocupantes llamó a la seccional. De inmediato se presentó en el lugar el subcomisario Claudio Abbondanza, ante quien Alberte denunció que lo estaban deteniendo ilegalmente. También le mostró el trapo cubriendo la patente del auto. El subcomisario llevó a los custodios aparte y, por sus gestos, Alberte dedujo que "los estaba retando. Quería diferenciarse claramente de los tipos, para que nadie pensara que les había asegurado una zona liberada para operar".

Después de sermonear a sus colegas, el subcomisario Abbondanza regresó hasta donde esperaba el agredido, le devolvió el documento y le dijo que podía "irse a su casa". Otro hubiera aceptado, dando por finalizado un mal rato que se había prolongado durante una hora, pero Alberte se negó enérgicamente: "No, subcomisario, esto no puede quedar así, yo voy con usted a la comisaría para hacer la denuncia correspondiente por privación ilegítima de la libertad". El policía accedió y lo llevaron a la seccional, donde Alberte formalizó la denuncia para que fuera elevada a la justicia correccional. "El subcomisario Abbondanza y el personal de la 15 que intervino tuvieron una conducta muy correcta", le diría después a Página/12.

Al día siguiente Alberte inició algunas averiguaciones y se enteró que Roberto Dromi había concurrido a la seccional para presentar a su vez una denuncia. También supo que uno de los custodios que lo habían retenido ilegalmente contra su voluntad era el suboficial auxiliar retirado de la Policía Federal Miguel Angel Manetti. No pudo establecer en cambio si ese suboficial y los otros custodios (también presuntamente retirados de la Federal) formaban parte de una vigilancia oficial otorgada por las actuales autoridades al ministro que diseñó las privatizaciones o eran integrantes de alguna agencia privada de seguridad.

Aunque el ataque se redujo a forcejeos y tironeos y no le provocó ninguna lesión física, Bernardo no dejó de preguntarse qué podía haberle ocurrido si el episodio, en vez de producirse en pleno centro y a la vista de decenas de testigos, hubiera ocurrido en una calle desierta. Viejos y nuevos fantasmas lo habitaron. Como esa pesadilla circular que regresa todas las noches: los hombres de verde irrumpiendo en el departamento de su padre al grito de "¡Alberte, venimos a matarte!"

Página 12, 03/02/02

Homenaje a Bernardo Alberte

La Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires honró a Bernardo Alberte, mayor del Ejército Argentino, ex edecán del Presidente Juan Domingo Perón y militante justicialista quien fuera muerto por elementos del Ejército en las horas iniciales del golpe de estado del 24 de marzo de

1976. En la placa, colocada en la Avenida del Libertador a la altura del 1160, en la Ciudad de Buenos Aires, se lee: "Mayor Bernardo Alberte - Militar y dirigente peronista que combatió a las dictaduras militares. En este lugar fue asesinado el 24 de marzo de 1976 por fuerzas del Ejército". En el acto participaron familiares y compañeros de Alberte y reunió a unas 300 personas. Alberte fue edecán de Perón y defendió su gobierno en 1955 cuando el bombardeo a la Plaza de Mayo y se sumó a la resistencia peronista. Luego se convirtió en su delegado y secretario general del Movimiento. Durante esa gestión, impulsó la creación de la CGT de los Argentinos y coordinó la unión de los sectores revolucionarios del PJ. La noche del golpe de Videla, el Ejército ingresó al departamento donde estaba con su mujer y una hija, y lo tiraron por la ventana. El encuentro tuvo un estilo austero: todo su despliegue fueron cuatro megáfonos en medio de la calle y un equipo de sonido alimentado con la batería de un auto, en torno del cual se reunieron históricos del peronismo, como el ex gobernador de Córdoba Ricardo Obregón Cano; Jorge Taiana, secretario de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires, el ex embajador Mario Cámpora y el abogado Mario Landaburu.

Página 12, 18/11/02)